

Hacia una civilización de la inclusión con los pobres en el centro.

Con mucho gusto envío unas palabras al comienzo del IX Congreso Internacional de Psicología Social de la Liberación. Me alegra saber que lo celebran en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, lugar entrañable de sufrimientos, luchas y esperanzas.

Les escribo desde la UCA de San Salvador. En ella he vivido y trabajado 15 años con Nacho Martín-Baró. Su vida y su ciencia siguen siendo inspiración e interpelación. Ciertamente a nosotros sus hermanas y hermanos jesuitas. Y espero que también lo sea a la comunidad de psicólogos y psicólogas sociales a lo largo y ancho de toda América Latina. En su memoria, en la de Ignacio Ellacuría, en la de Monseñor Romero, y ciertamente en memoria de dos mujeres sencillas, como las mujeres de Chiapas, Julia Elba y Celina, quiero decirles unas breves palabras sobre el amor y la utopía, tal como la hemos formulado este año. El lema dice: "Mártires porque querían la inclusión". Sobre esto quiero decir tres cosas.

1. El término inclusión se opone al de exclusión, y proviene del mundo de la economía. Si antes se hablaba de los proletarios a quienes explotaban, privándoles de la plusvalía de su trabajo, ahora el problema es todavía más grave: la economía necesita excluir a mayorías de trabajadores. Pero la exclusión se hace real en todos los ámbitos de lo humano, corporal y espiritual, social e individual. Nos configura en totalidad. Pienso que hoy vivimos en una "civilización de la exclusión" -eso es, quizás, lo más verdadero que hay en la mal llamada globalización. Veamos algunas expresiones de ello.

La no existencia. La tragedia del mundo es evidente, pero en cuanto es posible, es *silenciada*. Personas responsables tienen que hacer listas de "las crisis humanitarias más olvidadas en los medios internacionales". En los últimos años, seguía estando a la cabeza la República Democrática del Congo: "millones de personas sometidas a una situación de penuria extrema y de violencia diaria, que se ha recrudecido en los últimos meses. Sin embargo *pasan totalmente desapercibidas para el resto del mundo*". No existen.

Encubrimiento y maquillaje. Cuando la tragedia no puede ser silenciada, se la maquilla, y así se pretende encubrirla. La ONU, BM, FMI, OMC, G-8 hablan de "crisis alimentaria", con lo cual se encubre que la muerte por hambre es "muerte por asesinato" (Jean Ziegler), que la crisis es "fracaso de la humanidad", y que lo alimentario es "lo necesario para *vivir* sobre la tierra". Al maquillarla, se acepta y se comunica que el hambre, siendo no deseable, es inevitable. Es lo "normal". Su existencia no tiene entidad.

Memoria selectiva. Las tragedias son recordadas en la medida en que afectan a los ricos, no a los pobres. El 11-S (2001) y el 11-M (2004) son conocidos: terrorismo contra Nueva York y Madrid. El 7-O (7 de octubre, 2001, las democracias bombardearon Afganistán) y el 20-M (20 de marzo, 2003, nuevos bombardeos contra Irak) no existen. Los pobres no tienen calendario.

Indiferencia ante el agravio comparativo. La mera coexistencia de primer y tercer mundo, debiera sacudir las conciencias aun antes de hablar de opresores y oprimidos. Que seres *igualmente* humanos posean en forma tan cruelmente *desigual* lo necesario para vivir es un agravio descomunal -a no ser que se acepte algún tipo de racismo. Producirlo es inhumano; quedarse insensible ante él es deshumanizante. Es "lo normal" lo cual es la forma más sutil de despreciar al otro y de declararlo excluido.

Contra esa indiferencia se levanta la parábola "del ricachón y el pobre Lázaro" (Lc 16, 19-31). Es la parábola de nuestro mundo. Su origen parece estar en una leyenda egipcia, lo cual muestra que el problema viene de lejos: un ricachón junto a un mendigo miserable. ¡Así no puede ser! Y lo más impactante es el final. Abraham le dice al ricachón: "tus hermanos no cambiarán ni aunque un muerto resucite", palabras que siguen siendo verdad. ¿Qué tiene que ocurrir para que la "comunidad internacional" sienta remordimientos sin intentar calmarlos, y reaccione ante la tragedia sin buscar excusas?

El agravio comparativo en nuestro mundo es impúdico, *obscene* en inglés. En lugar de decrecer, crece el abismo entre ricos y pobres. Según el PNUD era de 1 a 30 en 1960; de 1 a 60 en 1990; de 1 a 74 en 1997. Ahora debe ser de 1 a 130. Eduardo Galeano escribía que "un ciudadano estadounidense vale lo que 50 haitianos". Y se preguntaba "qué pasaría si un haitiano valiese lo que 50 estadounidenses". Con esta inversión genial quiere mostrar que ni siquiera es pensable. Es decir, no hay solución, y se genera una mentalidad que acepta como natural muchas otras expresiones de agravio comparativo. No inmutarse ante el inmenso agravio comparativo es una forma eficaz de excluir a los pobres.

Y también es agravio a los pobres cómo se usan los recursos de los ricos. Con lo que cuesta un misil, nada digamos un portaaviones, se puede superar el hambre de millones de seres humanos, lo que se suele reconocer como escándalo, mientras no afecte a intereses propios. Pero otras diferencias aberrantes que ocurren a diario en la industria de la diversión, por ejemplo, ciertamente en el deporte de élite, pasan absolutamente desapercibidas y no merecen ninguna reflexión. En un partido de fútbol de hace unos años, el costo de 22 jugadores era de unos 700 millones de dólares, de lo cual informó la prensa deportiva del lugar con satisfacción: las cosas van muy bien. No se molestaron en comparar esa cifra con los recursos que tienen los países más pobres para hacer frente a alimentación, salud, educación... La suma mencionada podía ser un porcentaje elevado del presupuesto nacional de un país del África negra, quizás unas dos veces el del Tchad. De nuevo los pobres quedan excluidos del interés que debiéramos tener por ellos. Y no tenemos pudor para incluirlos en nuestro interés.

Se pueden aducir más formas de exclusión, que configuran una "civilización de la exclusión". El teólogo alemán J. B. Metz, después de un viaje por América Latina, hace 20 años, escribió que se estaba generando y extendiendo en Europa y Norteamérica un "posmodernismo cotidiano de nuestros corazones que aparta a una lejanía sin rostro al llamado Tercer mundo". Seguía diciendo que "vivimos bajo una estrategia cultural de inmunización", con una "inclinación al aislamiento mental",

"acostumbrándonos a la crisis y a la miseria". No se nos remueven las entrañas, sino que nos "encogemos de hombros".

Estas palabras, que hemos comentado con libertad, son de hace 20 años. Por aquel entonces también Ellacuría escribía con crudeza: "nuestra *civilización*" -no sólo nuestra *economía* o *política*- "está gravemente enferma". Vivimos en un "fracaso humanista y moral". Y lo fundamental consiste en que hemos excluido al pobre y a la víctima, en su realidad física y corpórea, y en su dignidad. Simplemente no existen. Y de esa forma tampoco es suficientemente real lo que se hace con ellos.

La civilización de la exclusión les ha negado en principio trabajo y dignidad. Más aun les ha negado nombre y existencia, y muchas otras cosas. Ustedes, psicólogos y psicólogas, pueden analizarlas bien.

2. Una civilización así "está gravemente enferma", decía Ignacio Ellacuría. Necesita que, en forma dialéctica, se supere la exclusión. Indudablemente se necesitan estructuras que se ocupan del cuerpo de la humanidad: economía, ecología, medicina, alimentación, para incluir a las víctimas al reino de la vida. Pero también se necesitan de estructuras que se ocupen del espíritu de la humanidad. Tienen que superar los males que hemos apuntado. Así, en lugar de silencio, se necesita poner nombre; en lugar de insensibilidad, compasión; en lugar de desprecio, agradecimiento. Veamos sólo dos cosas fundamentales que hay que hacer para que se genere una cultura de la inclusión.

Poner nombre a pobres y víctimas significa romper el silencio sobre guerras, injusticias, desprecios activamente ocultados. Pero su significado más fundamental consiste en dar *existencia* a las víctimas. Por eso insistimos antes en algo que puede parecer banal: que los pobres y las víctimas tengan calendario, que participen en la temporalidad cómo ámbito de la existencia.

Y al ponerles nombre se les devuelve dignidad. Ejemplo eximio de ello son las homilias de Monseñor Romero. Están llenas de nombres. Pienso que, de hecho, Monseñor inauguró lo que después se ha llamado "memoria histórica", no sólo en el ámbito de lo legal, sino en el ámbito de lo humano. Y lo importante es el principio que le guiaba: deben ser mencionados todos y cada uno de los nombres de las víctimas; en lo posible también las circunstancias de los hechos; y quiénes fueron los victimarios. Y ello, dure lo que dure la homilia.

Al "ponerles nombre" otorgaba existencia a las víctimas. Han pasado por este mundo de Dios, con lo que les devolvía la dignidad fundamental. Pero además, con frecuencia Monseñor Romero hablaba de ellas con palabras de máxima hondura cristiana: "ustedes son el divino traspasado", "el siervo sufriente de Yahvé". De esta forma otorgaba dignidad cristiana y religiosa a un mundo silenciado y despreciado.

La misericordia consecuente. Curar heridas y erradicar estructuras de muerte es absolutamente necesario. Pero, además, es ejercicio de misericordia. Es la acción del buen samaritano, con entrañas removidas. Y cuando además de ayudar a las víctimas (los excluidos) se denuncia y se busca erradicar a los victimarios (los

excluyentes) entonces buscar la inclusión significa correr graves riesgos. Muchos hombres y mujeres han arriesgado y entregado su vida.

Entre nosotros los llamamos "mártires". Quizás se entienda ahora mejor el lema del XIX Aniversario de los mártires de la UCA: "Mártires porque querían la inclusión". En otros lugares no es fácil hablar de mártires, incluso puede molestar. "Mártir" suena al "horror de sangre derramada", pero entre nosotros es otra cosa: "mártir" suena a "un gran amor", a darlo todo a fondo perdido, con el riesgo de perderlo todo, y viviendo así hasta el final. Y añadimos que son mártires "jesuánicos" porque en vida y en muerte se parecen a Jesús. Mártires son "los consecuentemente misericordiosos", como Jesús, hasta la cruz. Por eso los llamamos "mártires jesuánicos". Nacho fue uno de ellos.

Dos breves reflexiones para terminar. La primera es que al hablar de inclusión no se trata de que "todos estén dentro", sino de que estén los excluidos de siempre, los pobres. Y que además estén en el centro, orientando por lo que son, por sus esperanzas y muchas veces por sus valores lo que debe ser una sociedad no excluyente.

La segunda es que *a los pobres y a las víctimas* no sólo hay que incluirlas, sino que hay que pedir perdón y agradecerles que nos lo concedan. Eso genera la esperanza de que vivir como familia humana es posible. Esa es la "civilización de la inclusión"

Pensando en Nacho, psicólogo, universitario y jesuita, y en esta tierra, quiero recordar unas duras palabras de Bartolomé de las Casas, en las que iban juntos los excluidos y Jesús de Nazaret, su gran defensor: "Yo dejo en las Indias a Jesucristo, nuestro Dios, azotándolo y afligiéndolo y abofeteándolo y crucificándolo, no una sino millares de veces, cuanto es de parte de los españoles que asuelan y destruyen aquellas gentes".

Pueden sorprender que termine este breve texto con estas palabras. Pero me recuerdan a los "excluidos" de hoy, a los que el Padre Ellacuría llamaba "pueblo crucificado". Nacho las repitió en lenguaje científico de la psicología social. Y sobre todo trabajó con esa ciencia tan importante, que ustedes dominan, para que los excluidos pertenezcan al mundo de la vida, la dignidad y la fraternidad. A eso les animo a ustedes. Y a don Samuel, un abrazo de gratitud y esperanza.

Jon Sobrino